

Profesora Azucena Adelina Fraboschi

Buenos Aires, 05/07/1942 – 28/12/2014

Ya casi sobre el cabo de 2014, cuando las actividades de nuestra Universidad estaban de hecho concluidas y muchos de sus miembros ya habían dado inicio a sus vacaciones, nos llegó la triste noticia del fallecimiento de la Lic. Azucena Fraboschi, hasta hace dos años Directora del Instituto de Estudios Grecolatinos “Prof. Francisco Nóvoa” y de esta revista *Stylos*. Sabíamos de su enfermedad y del inevitable desenlace que debía coronarla, pero abrigábamos aún la esperanza de tenerla entre nosotros algunos meses más, los suficientes para que pudiera ver editada su edición del epistolario de Hildegarda de Bingen, tarea en la que se ocupó sin descanso inclusive en medio de los malestares y dolores de su quebrantado estado de salud, y a cuya conclusión se encuentran abocados hoy sus colaboradores más cercanos. Como un deber de estricta justicia y de enorme gratitud, *Stylos* desea dedicar este número a la memoria de quien fue no solo su Directora, sino también su *alma mater* desde mucho tiempo antes de acceder a la Dirección, como Profesional Técnico CONICET con sede en el Instituto Nóvoa y estrecha colaboradora del Director inicial, Prof. Alfredo Schroeder.

Azucena Adelina Fraboschi nació en Buenos Aires el 5 de julio de 1942, en cuna que parecía predestinarla por cierto a la vida académica y a los estudios clásicos, pues fueron sus padres el eximio latinista Juan Ángel Fraboschi, de largo y fecundo magisterio en la Universidad de Buenos Aires, y la Dra. Azucena Alicia Millán Méndez, notable historiadora de la antigüedad grecolatina y especialista en la obra de Cicerón. Azucena realizó la casi totalidad de sus estudios primarios y secundarios en el Colegio Jesús María de Buenos Aires –salvo breve intervalo de año y medio durante el cual, a causa del cierre temporario de esta institución por el gobierno de

entonces, pasó al Colegio Mallinkrodt–; en el Jesús María destacó siempre como la primera alumna de cada uno de los sucesivos cursos, circunstancia que indujo a las autoridades a crear un premio especial para ella. Tras graduarse de Maestra Normal, y antes de su ingreso en la Universidad, inició estudios particulares de Lenguas Clásicas e Historia de la Cultura con el profesor Andrieu y de Canto Lírico con la entonces célebre soprano Hina Spani; esta formación artística cimentó en ella una finísima sensibilidad musical y un amor por la ópera que mantuvo a lo largo de toda su vida, amor frecuentemente condimentado –como es habitual entre los aficionados a este género visceral y sanguíneo– por encendidos debates y polémicas, no por amigables menos agonales: su incondicional adhesión a Maria Callas solía suscitar divertidas pero obcecadas disputas con quien esto escribe, admirador de Renata Tebaldi, eterna rival de la diva helena. Alguna vez sugerí a Azucena que nuestra recurrente liza en defensa de la tragicidad pura de la griega Callas o bien del refinamiento estético de la italiana Tebaldi no era otra cosa que un particular modo de reeditar *sub specie vocis* la secular compulsión de los estudios clásicos, que a la vez contraponen y complementan al primordial Homero con el sofisticado Virgilio, a la Grecia raigal con la Roma evolucionada.

Entre 1961 y 1966 cursó Filosofía en la recientemente fundada Universidad Católica Argentina, de donde egresó con medalla de oro para iniciar en ella, casi inmediatamente, una intensa labor docente y de investigación que se prolongó ininterrumpidamente hasta su muerte. Comenzó como docente auxiliar, junto al Dr. Gastón Terán, en la Cátedra de Filosofía Medieval, área en la que se especializó y en la que habría de producir sus investigaciones más notables, y tiempo después asumió la titularidad en las cátedras de Historia de la Educación I y II, siempre en nuestra Facultad de Filosofía y Letras. Mientras tanto, en su calidad de Profesional Técnico del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, se desempeñó sucesivamente en el Centro de Investigaciones en Filosofía de la Naturaleza (CIFINA), bajo la dirección del Dr. Juan Bolzán, en nuestro Instituto de Estudios Grecolatinos “Prof Francisco Nóvoa”, bajo la dirección del Prof. Alfredo Schroeder, y en la Sociedad Tomista Argentina, bajo la dirección de la Dra. María Celestina Donadio. También integró, con relevante actuación, la Comisión por las Celebraciones del Quinto Centenario del Descubrimiento de América en 1992, obtuvo en 2002 un cargo de Dedicación Especial a la Investigación por la Facultad de Filosofía y Letras que conservó hasta su desaparición física, y entre 2008 y 2012, según queda dicho, asumió la Dirección conjunta del Instituto Nóvoa y

de *Stylos*. A lo largo de todos estos años y en relación con su intensa vida académica fueron cobrando forma sus proyectos de investigación aplicada a la docencia y de investigación pura; frutos destacados de la primera son los diversos volúmenes de la colección *Cuadernos de Cátedra de Historia General de la Educación*, que la profesora Fraboschi creó, dirigió y en buena proporción redactó para la Editorial EDUCA de nuestra Universidad, atenta a las necesidades de sus estudiantes; en cuanto a sus proyectos de investigación pura, tras dos destacados volúmenes dedicados a un notable episodio de la historia de la universidad medieval (*Crónica de la Universidad de París y de una huelga y sus motivos, 1200-1231*, de 1991) y a la figura de San Pablo (*La piedra angular*, de 1994, en colaboración con Clara Stramiello y Carmen García Muñoz), Azucena destinó la mayor parte de sus energías, su sabiduría y su empeño intelectual al estudio profundo y consecuente de la notable pensadora y mística alemana del siglo XII Hildegarda de Bingen, autora con quien habría de forjar una identificación intelectual y espiritual sorprendente y conmovedora, que habría de convertirla sin dudas en una de las especialistas más destacadas de la bibliografía de referencia internacional. A la Abadesa de Bingen dedicó Azucena durante quince años numerosos cursos, jornadas de estudio, y proyectos editoriales, que plasmaron en volúmenes como *Conociendo a Hildegarda. La abadesa de Bingen y su tiempo* (2003), *Hildegarda de Bingen. La extraordinaria vida de una mujer extraordinaria* (2004), *Scivias de Hildegarda de Bingen. Lectura y comentario al modo de una lectio medievalis* (2009), *Bajo la mirada de Hildegarda, abadesa de Bingen* (2010), *El libro de los merecimientos de la vida de Hildegarda de Bingen. Edición, introducción y notas* (2011), *Santa Hildegarda de Bingen, doctora de la Iglesia* (2012), y *Creo. Meditando sobre Fe e Iglesia con Santa Hildegarda de Bingen* (2013, en colaboración con Esther Portiglia). Salvo los dos primeros, todos estos libros fueron publicados por la Editorial Miño y Dávila de Buenos Aires, que creó y puso bajo la coordinación de la Profesora Fraboschi una colección especialmente dedicada a la figura de Hildegarda; al momento de fallecer, Azucena preparaba y casi concluía para dicha colección, en colaboración con la Dra. Cecilia Avenatti de Palumbo y a la cabeza de un destacado grupo de traductores e investigadores, una edición y traducción del *Epistolario* de la santa, que habrá de ver la luz póstumamente, si Dios quiere, a fines de 2015.

Hasta aquí la hoja de vida y los asépticos antecedentes curriculares de la destacada y querida colega y maestra cuya desaparición física suscita nuestra gratitud y nuestro homenaje. No querría dar por concluidas estas

breves páginas, empero, sin atreverme a ir más allá de la mera reseña académica, sin arriesgarme a postular, por detrás y en sustento de tal dimensión académica –que en Azucena fue sólida y decididamente definitoria de su personalidad–, otras dos dimensiones no menos relevantes e imprescindibles para comprender su vida y su obra. Podríamos llamar a la primera de ellas *dimensión fruitiva*. En Azucena, la tarea de estudio y de docencia conllevaba siempre una inocultable alegría, un goce intenso que combinaba admirablemente la serenidad con el entusiasmo. Ello se debía a que su modo de relacionarse con su objeto de investigación no se limitaba jamás a la esfera cognoscitiva, sino la trascendía –y a la vez la fundaba– en un tipo de relación amorosa que cimentaba entre sujeto y objeto un vínculo vivo, existencial. Pero con ser profundamente íntimo y propio, este vínculo afectivo con su objeto de estudio, de donde nacía la mentada dimensión fruitiva de su actividad académica, nunca era solipsista ni exclusivista, sino se abría a los demás en un prodigio de comunicatividad celebratoria que define lo que llamaré *dimensión convivial* de lo académico. El gozo de Azucena por lo que aprendía y descubría era –y sin dudas contaré aquí con numerosos testigos en favor de mi tesis– poderosamente contagioso, difusivo de sí mismo, como sucede con todo bien. Allí donde Azucena trabajaba –y tuve la enorme dicha de compartir durante algunos años con ella un espacio común, donde nuestros respectivos escritorios colindaban– todo era fiesta, cada descubrimiento, cada hallazgo gozoso de su labor se convertía inmediatamente en una invitación a la sorpresa y a la alegría compartidas, en pretexto para la celebración y para el vínculo comunitario, y no solo espiritual, sino también contundentemente material, alimentario a menudo, siempre feliz y pleno.

Muy probablemente la razón última de la fruición y la convivialidad con las que Azucena Fraboschi sustentaba y daba sentido a sus tareas académicas se debieran, en última instancia, a una dimensión mayor y englobante de cualesquiera otras, que bien podríamos llamar *orante*. El estudio era para ella gozoso y convivial porque lo entendía ante todo como una cabal plegaria, según la enseñanza y el ejemplo de aquella vieja cultura monástica de la alta Edad Media que tanto conocía y admiraba. Durante toda su vida de estudiosa y maestra, Azucena Fraboschi entendió su trabajo como una oración, y por tanto, como un acto donativo de sí misma a Dios en plena comunión con sus semejantes, y de allí nacían la alegría y la celebración convivial. No es esta lección de Azucena poca cosa en los tiempos que corren. Quienes hemos tenido la dicha de recibirla cotidianamente, a través de sus palabras y sus gestos siempre generosos y luminosos, le estaremos por

siempre agradecidos, y nos serviremos de ella para orar también
nosotros, cada día, en espera y preparación del día del reencuentro.

JAVIER ROBERTO GONZÁLEZ
Decano
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Católica Argentina